

Julio César Cano

**MAÑANA,**  
**SI DIOS Y EL DIABLO QUIEREN**

Un caso del inspector Monfort



MAEVA

*A Esther y Julia.  
Un regalo del cielo... para mí*

# Escenarios de la novela



«Nunca, en ningún lugar, ha sido tan brutal ni ha sido maquillado para parecer tan bonito el horrible mecanismo del nacimiento, la copulación y la muerte, ni tal cantidad de gente ha puesto tanta fe en las mentiras y la mutabilidad y la muerte la muerte la muerte...»

*El Secreto*  
Donna Tartt

**E**l 22 de noviembre, la tormenta bautizada con el nombre de *Cecilia* se había cobrado seis víctimas en la costa sur del Reino Unido. Algunas ciudades, como Southampton o Portsmouth, se vieron sometidas a un enorme caos al no poderse restablecer el suministro eléctrico en varios días.

La tormenta provocó también graves inundaciones en las poblaciones costeras de Holanda. Decenas de camiones volcados en la autopista por las fuertes rachas de viento, que llegaron a alcanzar la categoría de huracán, sembraron el terror en los Países Bajos.

En el oeste de Francia, el temporal arrancó cientos de árboles, se suspendieron los transportes por tren y todos los vuelos, y decenas de miles de hogares se quedaron sin electricidad.

Tras castigar severamente el Reino Unido, Francia y Holanda, la tormenta *Cecilia* dio un giro inesperado y se desplazó hacia la Península Ibérica. Llegó a las costas del Cantábrico y azotó sin piedad el norte de España y en gran medida las regiones del valle del Ebro. El Levante español y las islas Baleares sufrieron los envites del viento y de fuertes lluvias acompañadas de gran aparato eléctrico.

Los expertos dijeron en un principio que la tormenta no podía considerarse un huracán, pero sus efectos fueron muy similares.

*P*resentía que estaba encerrada en algún sótano de la ciudad por un lejano sonido de automóviles y de gente que llegaba hasta sus oídos. Le escocían los ojos. No se veía nada allí dentro. Todo lo que conseguía vislumbrar eran sombras en la espesa negrura. Las muñecas le ardían por la fricción de las cuerdas. La cinta americana que tapaba su boca no le dejaba otra posibilidad que concentrarse en respirar por la nariz para no ahogarse. Las clases de relajación que había cursado hacía un par de años le ayudaron. Aspirar, inspirar, aspirar, inspirar...; despacio, acompasadamente, despacio, despacio, despacio. Aspirar, inspirar... Intentó recordar el tiempo que llevaba allí, pero no pudo. Había perdido el conocimiento antes de que la encerraran y no supo en qué momento había despertado. No era capaz de acordarse de lo que había sucedido después de que alguien le golpeará por la espalda cuando iba por aquella calle solitaria. Luego todo se volvió oscuridad. Oscuridad y terror.

# Sábado 22 de noviembre

## (Primer día)

### 1

Desde el rellano de la escalera percibieron el mal olor. Los dos agentes de policía llamaban una y otra vez a la puerta golpeando con los nudillos. El timbre no funcionaba. Media docena de vecinos se arremolinaba en la escalera con cara de estupor. Una mujer de unos cincuenta años vestida con un feo batín se tapaba la boca. Sus ojos, abiertos de par en par, delataban el miedo. Uno de los agentes mandó desalojar a los vecinos.

—¡Váyanse a sus casas, aquí no hay nada que ver!

Pero los vecinos se resistían. Hacían ligero ademán de retirarse, pero enseguida volvían a mirar por el hueco de la escalera. El vecino del tercero, el que había alertado a la Policía de aquel desagradable olor, aguardaba a un par de metros de los dos agentes. Uno de los policías hablaba con alguien por radio.

—No abren. Quizá deberíamos tirar la puerta abajo.

—...

—Sí, hemos probado a forzar la cerradura, pero no hay forma de abrirla.

—...

—Todo el mundo aquí lo conoce, claro, es un inmueble antiguo y la mayoría de los vecinos vive aquí de toda la vida.

—...

—Sí, hay inmigrantes... Una familia... Sudafricanos, creo que son. De acuerdo, los interrogaremos a todos.

—...

—Gracias. Creo que sería conveniente que nos enviaran refuerzos.

—...

—De acuerdo, procederemos inmediatamente.

El agente cortó la comunicación.

—Vamos, retírense, vuelvan a sus casas, aquí ya está todo visto. Vamos a derribar la puerta y no queremos que nadie se haga daño. —El otro agente intentaba que le hicieran caso, pero la curiosidad y el morbo tienen, a veces, una fuerza insospechada.

Un ruido seco dio paso al crujir de la madera rota. De una patada certera, el policía había conseguido romper la puerta a la altura de la cerradura. Entraron en el piso con sus armas reglamentarias en la mano. El olor era insoportable, un olor característico que desgraciadamente ya habían experimentado en otras ocasiones.

—¡Aquí! —gritó uno de los policías.

Los refuerzos llegaron en apenas cinco minutos; dos coches patrulla aparcaron en mitad de la estrecha calle. De uno de ellos salió un hombre vestido de paisano que sin duda era el que estaba al mando.

—¡Que nadie toque nada! ¡Nada! ¡Dejen todo tal como está! —gritó.

Después de volver al coche en el que había venido, llamó desde la emisora del automóvil.

—Es posible que necesitemos ayuda psicológica. Los agentes que han entrado primero están bastante afectados.

Los dos agentes a los que se refería el comisario Romerales estaban sentados en la escalera, un piso por debajo del inmueble del que emanaba aquel característico olor a muerte. Uno de ellos había vomitado. El otro escondía la cabeza entre las rodillas y se lamentaba entre sollozos y maldiciones:

—¡Es horrible! ¡Qué barbaridad!

El comisario sacó un teléfono móvil del bolsillo y tecleó un número que conocía de memoria.



En el restaurante Set Portes, en el paseo de Isabel II de Barcelona, junto al puerto y al popular barrio de la Barceloneta, un nutrido grupo de personas celebraba la resolución del macabro caso del asesinato del industrial Miguel Serra y su esposa.

El comisario principal, Vinyals, de la Policía Nacional de Barcelona, y la agente Silvia Redó, de la Policía Científica de Valencia, charlaban distendidamente de cómo el inspector Bartolomé Monfort y ella habían dado finalmente con la clave de aquel doble homicidio. A Miguel Serra y a su esposa los había asesinado un ciudadano checheno, contratado por dos trabajadores del mismo empresario. Los dos empleados habían urdido un complicado plan para robar en casa del industrial, pero las cosas se complicaron. Al final encontraron a los responsables del crimen en la planta de producción y lograron detener al sicario checheno.

—Por cierto, ¿dónde está Monfort? —preguntó de repente el comisario.

—En la calle, fumando —contestó la agente viéndolo a través de los grandes ventanales del antiguo restaurante barcelonés.

—¿Solo y con este viento frío? —preguntó Vinyals.

—Bueno, solo no, con sus historias, ya sabe... —dijo Silvia distraídamente mientras volvía a llenar de cava su copa y la del comisario principal.

La agente Redó preparaba su equipaje en la habitación en la que se alojaba. El hotel Suizo estaba situado en el corazón del Barrio Gótico, a un paso de la plaza Sant Jaume y a otro de Via Laietana. Al mirarse al espejo, recordó cómo el inspector Bartolomé Monfort la había invitado a viajar a Barcelona para que le ayudara a resolver el caso de la familia Serra. Tenía la sensación de que hacía ya mucho tiempo que ambos habían trabajado juntos por primera vez, en el caso del asesinato en la plaza de la Farola, en Castellón de la Plana. La agente recordó con ternura, mientras intentaba cerrar una pequeña maleta con sus enseres, que el joven doctor Ribes había acudido en su ayuda. Silvia y

Jaume se habían enamorado perdidamente el uno del otro, y en el tiempo que ella había estado en Barcelona, ayudando al inspector Monfort, habían tenido que conformarse con largas conversaciones telefónicas y alguna escapada del doctor entre sus largas jornadas de trabajo en el Hospital General de Castellón.

Monfort se había brindado a llevarla de nuevo a casa y así poder disfrutar de unos días de asueto. Como excusa dijo que quería visitar el pueblo en el que nacieron sus padres, Vilafranca del Cid, en las frías y agrestes montañas del interior de la provincia de Castellón, aunque la agente Redó sospechaba que el inspector quería estar lejos de Barcelona y de los insoportables recuerdos que atesoraba en su enorme piso de la rambla de Catalunya.

Sonó el teléfono de la habitación 114 del hotel Suizo.

—Silvia Redó al aparato —contestó cerrando por fin la pequeña maleta.

—No voy a estar esperando todo el día, se me hielan los pies y hace mucho viento —se quejó Monfort.

El viejo Volvo 740 estaba aparcado en una zona de carga y descarga frente al hotel. Un policía municipal daba vueltas junto al automóvil y miraba a través de las ventanillas. Monfort, en la puerta del hotel, apagó la colilla de su cigarrillo con la suela del zapato y, acercándose al coche, dijo en voz baja:

—No se te ocurra multarme...

—¿Perdón? —replicó el policía municipal—. ¿Es suyo este coche? Aquí no se puede aparcar, es una zona de carga y...

—Lo sé, agente, disculpe, pero es que soy el chofer de una famosa actriz que bajará ahora mismo —dijo señalando la fachada del hotel.

—¿Una actriz? —preguntó curioso el agente.

—Sí, mire, por ahí viene.

Monfort se apresuró a tomar el equipaje y a abrir la puerta del automóvil a Silvia, que lo miraba extrañada ante tal inusual despliegue de generosidad y galantería. El policía se puso firme y saludó a la dama como si se tratara de la mismísima Ava Gardner.

Tres horas más tarde, el viejo Volvo llegaba a la nueva estación de tren de Castellón de la Plana. Jaume Ribes esperaba nervioso y sonriente.

—Es capaz de haber pasado aquí la noche —observó en tono jocoso Monfort, deteniendo el vehículo junto al doctor.

La agente Redó besó en la mejilla al inspector, salió del coche y se abrazó a Jaume.

—¡Ribes, no te pases! —amenazó Monfort, sacando el brazo por la ventanilla y señalando con el dedo al médico, medio en broma medio en serio.

Un viento atroz despidió a la agente Redó y al doctor Ribes entre una nube de tierra y polvo. Algunas personas que salían de la estación apretaban el paso y encogían sus cuerpos por el frío cortante.

El teléfono móvil de Monfort empezó a sonar, impertinente. Abrió la tapa y vio un número conocido. Contestó. En el fondo se alegraba de oír aquella voz. Habló él primero:

—¡Hombre, el comisario Romerales! ¿Qué hay de nuevo, amigo?

—Monfort, ¿dónde estás?

—¿Me has olido? Estoy en la estación de tren de tu idílica y aburguesada capital de provincia.

—Suponía que estabas por aquí. —El tono del jefe de la Policía de Castellón era grave y serio—. He hablado con Vinyals hace un momento.

—Al grano, Romerales, ¿qué ocurre?

—Tienes que venir enseguida. No tocaremos nada de la escena del crimen hasta que lo veas.

—¿Escena del crimen?

—Sí.

—Pero... ¿a qué lugar debo dirigirme?

—A la calle Mealla, en el centro. Ha ocurrido algo que quiero que veas cuanto antes.

—¿Y cómo demonios llego hasta allí?

—Búscate la vida, Kamikaze, pero ven enseguida. —El comisario Romerales cerró la tapa de su teléfono móvil, dando por concluida la conversación al ver que había llegado el psicólogo de la Policía.

«Kamikaze», lo había llamado el comisario Romerales. Pocas personas se atrevían a llamarlo de aquella manera. Era consciente de que, a su espalda, muchos policías, y demasiados delincuentes, hablaban de él utilizando el alias que se ganó en cuanto salió de la academia, a base de despreciar su vida arriesgándolo todo para dar caza a los malhechores. Conectó el teléfono en el modo manos libres del coche y llamó a la comisaría de la ronda de la Magdalena.

—Soy el inspector Monfort. O me mandas un coche patrulla para que me guíe por la ciudad o te rebanas los sesos explicándome cómo demonios he de hacer para llegar a toda leche hasta la calle Mealla.

—Esperábamos su llamada, señor —respondió eficientemente un agente—. Yo le guío. ¿Dónde se encuentra en este momento?

—En la estación de tren.

—No se mueva de ahí, un motorista llegará enseguida. Sígalo y lo llevará inmediatamente hasta la calle Mealla.

Monfort pulsó el botón para cortar la comunicación y al momento divisó al motorista. En realidad eran dos. Uno de ellos cortaba el tráfico en la rotonda, el otro le hacía señales para salir a toda prisa.

La calle Mealla estaba en el centro de la ciudad, junto a la catedral y la plaza Mayor. Guiado por el diestro motorista de la Policía entró en el centro como alma que lleva el diablo. Tomaron el paseo Morella y el paseo Ribalta para llegar a toda velocidad a la plaza de la Farola, y Monfort no pudo evitar mirar los cisnes con cabeza de dragón que adornaban grotescamente la inmensa farola de hierro, situada en el lugar que muchos años atrás fuera una de las puertas de acceso a la ciudad, y donde se coronó a la Virgen del Lledó, patrona de los castellonenses. Continuaron por la calle Zaragoza dejando a la izquierda el magnífico edificio de Correos. Finalmente enfilaron

por la calle peatonal de Colón, y casi al final de esta giraron a la izquierda por una estrecha calleja.

La calle Mealla era un hervidero de gente que curioseaba y de policías que intentaban desalojar la zona. Era una calle de casas viejas, de dos o tres plantas la mayoría, tan cercanas unas de otras que los vecinos casi podían darse la mano con los de las casas de enfrente al asomarse a las ventanas. Monfort tuvo que acostumbrarse a la penumbra de un lugar húmedo y receloso. Apenas vio tres o cuatro negocios: una tienda de antigüedades, un par de establecimientos de alimentación, un bar. No era una calle de casas regias. Le pareció impersonal, un espacio anodino en pleno centro histórico de la ciudad. El sol parecía no encontrar los resquicios suficientes para infundir luz y calor a las fachadas de las casas. El inspector creyó que Castellón se había olvidado de aquella calle, tan cercana a todo pero tan escondida que nadie recordaba que existía. A escasos metros, el bullicio de la principal vía comercial de la ciudad, la calle Enmedio, había desterrado la calleja al olvido. Ahora bullía de vecinos que intercambiaban comentarios en voz baja. Monfort se fijó en la cara de los dos policías que custodiaban el viejo inmueble, y entonces tuvo claro que la calle saldría del anonimato inmediatamente.

El cuerpo colgaba boca abajo atado por los pies a una de las viejas vigas de madera del tercer piso del número 57. El olor era insoportable. Los dos agentes de la Policía Científica, a las órdenes de Romerales, no habían tocado nada en la escena del crimen. El comisario había ordenado no abrir las ventanas pese al olor nauseabundo que lo impregnaba todo, para conservar intactas las pruebas. Los expertos sabían que la luz y el aire fresco de una ventana abierta podían modificar algunos aspectos de los cadáveres, y llevar a un posible engaño a la hora de encontrar pistas con las que iniciar el caso. A cambio debían soportar aquel penetrante olor a muerte.

Romerales saludó a Monfort en el quicio de la puerta de la habitación en la que estaba el cuerpo. Se saludaron con un

apretón de manos. Una sonrisa torva ensombreció el rostro del comisario.

—No veo nada. ¿Qué es exactamente ese bulto enorme que cuelga del techo? —preguntó Monfort.

—Un hombre, o lo que queda de él.

—¿Sabéis quién es?

—Imaginamos que es el propietario del piso. Nadie sabe nada de él desde hace días. No hemos querido tocarlo hasta que llegaras.

—¿Cómo sabías que iba a venir? —preguntó Monfort a la vez que se colocaba unos finos guantes de látex que le había tendido un agente de la Científica.

No esperó la respuesta. Iluminándose con una linterna entró en la habitación. Fuera, Romerales mandaba a grito pelado que hicieran el favor de desalojar la escalera y los alrededores del inmueble de los incontables curiosos que hasta allí se habían acercado.

—¡Comisario! —gritó una joven uniformada—. Hay diez o doce periodistas ahí abajo que preguntan por usted.

Un enorme bulto pendía del techo. Monfort vio las dos piernas tensas colgando de la viga por un estrecho pero resistente cable de acero. El cuerpo era el de un hombre con evidente sobrepeso. Tenía la boca abierta. El inspector proyectó el haz de luz hacia la cara del cadáver y vio que de la comisura de sus labios entraban y salían minúsculas hormigas que campaban voraces por la carne macilenta. La víctima estaba desnuda y ensangrentada y desprendía un olor putrefacto. Siguió enfocando y vio que le habían cortado los genitales. En el suelo había un inmenso charco de sangre espesa de color morado, prácticamente solidificada; había caído desde los genitales chorreando por todo el cuerpo: barriga, pecho, cara, pelo... Monfort buscó por el suelo con la linterna pero no encontró los restos mutilados. En la habitación solo estaban él y los dos agentes de la Científica. Se oían de fondo las voces que venían de la escalera y de la calle. El olor

les provocaba arcadas, que soportaban estoicamente. El inspector miraba fijamente el cuerpo colgado. Los agentes se pusieron a buscar entre los pocos objetos que había en la habitación. La estancia era sencilla, sin adornos superfluos: normal y corriente. Una mesa de comedor y seis sillas de madera clara. Una gran librería repleta de libros y de películas en VHS y en DVD. Una mesa baja en la que descansaba una televisión cara y un aparato que era a la vez vídeo y reproductor de DVD. Frente al televisor había un sofá estilo IKEA, de tres plazas, y dos sillones a juego, además de una pequeña mesa de centro en la que había un cenicero atestado de colillas, dos cajetillas vacías de Winston, un encendedor con la publicidad de un bar y una cajita de unos cuarenta centímetros de largo. Uno de los agentes de la Científica la abrió y alumbró el interior con la linterna; contuvo la respiración y dio un paso hacia atrás.

—Inspector Monfort, mire esto.

—¿Quieres que adivine qué hay en la caja?

Dentro de la caja, en avanzado estado de descomposición, estaban los genitales amputados del hombre y una nota manchada de sangre en la que sin embargo se podía leer perfectamente:

Es mejor que se pierda uno de tus miembros  
a que todo tu cuerpo sea echado al infierno.

---

*Aspirar, inspirar, aspirar, inspirar. Despacio, despacio, muy despacio... Respirar solamente por la nariz, con aquel pedazo de cinta americana aprisionándole la boca desde las mejillas, era lo que más le costaba soportar. Le dolían mucho las piernas, sobre todo las rodillas. Se había orinado encima varias veces y tenía irritadas sus partes íntimas. Por un instante se le cruzó la horrible idea de dejar de respirar y morir ahogada, de ese modo solucionaría aquella terrible situación, porque estaba convencida de que iba a morirse allí dentro de todas maneras. Pero recordó de nuevo las clases de relajación y al maestro japonés que le enseñó a evadirse a través de la respiración. Tenía los brazos a la espalda y las*

*muñecas anudadas a una silla que a su vez estaba atada a una columna de hierro oxidada. A sus oídos seguían llegando con levedad los sonidos de la calle; de vez en cuando se oía el griterío de algunos niños que jugaban alegres. Pero sobre todo oía coches, neumáticos chirriando sobre el asfalto. Estaba muy oscuro. Al principio pensó que tenía los ojos vendados, pero poco a poco su vista se fue acostumbrando a aquella negrura impenetrable. Oía el sonido de gotas de agua que caían con lentitud, acompasadas, en intervalos de apenas tres segundos. Tenía mucha sed, la boca tan reseca que parecía que un trozo de cartón rozaba su paladar, pero era su propia lengua. No era capaz de distinguir nada de lo que tenía a su alrededor. Procuraba en todo momento no ponerse más nerviosa, pero el terror le hacía pensar en la muerte una y otra vez. Se concentraba en recordar cómo había llegado hasta allí, pero no le era posible. Pensó en las cosas bonitas que la esperaban fuera. Y entonces oyó unos pasos que se acercaban, cómo se abría una puerta y entraba un halo de luz cegadora.*



Eran las doce de la noche. Monfort fumaba un cigarrillo con avidez a la puerta del Instituto de Medicina Legal de Castellón. Un fuerte viento amenazaba con arrancar de cuajo los débiles arbolitos plantados en la acera. Había oído en la radio los daños que las tormentas habían causado en algunos países de Europa, y también los pronósticos de que pronto llegarían hasta España. Vestía gabardina y debajo llevaba un traje de color burdeos, camisa de color verde botella y corbata gris; la misma ropa que se había puesto por la mañana para acudir al acto en el restaurante de Barcelona. Las farolas iluminaban generosamente la ciudad y se bamboleaban a merced del viento. De vez en cuando tiraba del nudo de la corbata hacia abajo, como queriendo soltarla un poco para liberar su garganta aprisionada. Miró el reloj de pulsera. Aplastó la colilla del cigarrillo con la punta del zapato y entró en el edificio. Preguntó en recepción por el doctor Pablo Morata y lo enviaron al sótano 2.

—No tiene pérdida, siga las indicaciones «Instituto Forense» —indicó amablemente la mujer del mostrador.

Al final de un largo pasillo encontró el lugar que buscaba. Un silencio absoluto reinaba en aquel lugar. El olor era una mezcla extraña que no pudo discernir. Llamó a la puerta con los nudillos y desde dentro una voz anunció que esperara un

momento. Se sentó en un banco que había junto a la puerta y aguardó pensativo.

Después de que saliera de la nauseabunda habitación del piso de la calle Mealla, los de la Policía Científica y el médico forense se habían hecho cargo del cuerpo. Esperaron a que llegara el juez de instrucción, que ordenó el levantamiento del cadáver y su posterior traslado al Instituto de Medicina Legal de Castellón.

—¿El inspector Monfort?

—Yo mismo —contestó, y sus ensoñaciones se hicieron añicos en cuanto se puso en pie.

El doctor Pablo Morata no mediría más de un metro sesenta; le llegaba por debajo del hombro.

—Lo que le han hecho a ese hombre es horrible —dijo el doctor abriendo la puerta de la sala—. No he visto en los últimos veinte años nada parecido. Castellón es una ciudad tranquila, no entiendo quién puede haber cometido semejante atrocidad.

—A veces, doctor, las personas sacamos nuestro lado más perverso en los lugares más insospechados. Es verdad que esta ciudad es tranquila, como una bestia dormida, pero los tiempos cambian, la ciudad crece, los hábitos de vida se modifican y ya nada es como antes. La bestia se despierta y la mala gente aflora como si se alimentara de los malos tiempos.

—¿La ley de Murphy? —preguntó Morata intentando aportar un toque divertido.

—Bah, no creo que sea eso —contestó Monfort desdeñoso poniéndose la bata azul y la mascarilla que el doctor le había tendido.

Una ayudante abrió el enorme cajón refrigerado en el que reposaba el cadáver. El muerto era bastante corpulento, gordo y alto para ser más exactos; parecía una morsa vilmente ajusticiada.

—Le presento a mi ayudante, la doctora Trencó, Sonia Trencó. Él es el inspector Monfort.

Se estrecharon la mano y el inspector no pudo dejar pasar por alto sus bonitos ojos azules.

—¿Empezamos? —preguntó el doctor.

Llamaron a la puerta. Antes de que la ayudante de Morata se dirigiera hasta ella para abrirla, ya entraba el comisario Romerales con una sonrisa de circunstancias.

—Pareces contento, Romerales —le dijo Morata a modo de saludo.

—Ahora, cuando empecemos a hablar de este sujeto, se me quitará la alegría —contestó el jefe de la Policía señalando el cuerpo.

La doctora Trencó entregó al recién llegado una bata y una mascarilla como las que ya llevaba puestas Monfort. Colocó la camilla en la que reposaba el cadáver a la altura de la cintura de los presentes para que pudieran observar con claridad el cuerpo inerte. El doctor Morata miró la hora en el reloj de la pared, puso en marcha una grabadora y tomó la palabra:

—Sabemos que se trata de un hombre de cincuenta y ocho años. Todavía no hemos podido determinar con exactitud la fecha de su muerte, la doctora Trencó está en ello y pronto nos dará datos más concretos. Tiene los genitales amputados a la altura del pubis. El que lo hizo se ensañó despiadadamente. Utilizó un cuchillo grande. —El doctor Morata pulsó el botón de pausa de la grabadora—. Por cierto, ¿requisaron los cuchillos que había en la casa? —preguntó mirando a Romerales.

—Sí, te los harán llegar en cualquier momento. Los de la Científica ya han registrado las huellas.

—Gracias. —El doctor volvió a pulsar el botón de grabación—. La persona que le cortó los genitales lo hizo de manera brutal y despiadada. El hombre murió desangrado. Creemos que el que lo mató es una persona muy fuerte o lo hizo con ayuda de alguien más. Le cortó los genitales cuando aún estaba vivo.

Dos horas más tarde, y tras una larga lista de pormenores que el doctor Morata dejó registrados en la grabadora, Monfort y Romerales se despidieron del forense y de su ayudante y salieron a la calle para dirigirse a la comisaría de la ronda de la Magdalena.

—Necesitaba un poco de aire puro —dijo Romerales aspirando exageradamente.

---

Javier Serós tenía cincuenta y ocho años. Estaba separado de su esposa. Su único hijo en común, Bernat, biólogo, de veintinueve años, vive en Oropesa del Mar con su novia. La que fue su esposa se llama Margarita Renau y no se le conoce en la actualidad pareja estable; sigue viviendo en el que fuera el domicilio familiar, un lujoso piso en la plaza Huerto Sogueros, una de las zonas más caras del centro de la ciudad. Desde que se separó de su mujer, la víctima vivía muy cerca, en el viejo piso de la calle Mealla, la vivienda de sus padres, fallecidos tiempo atrás por causas naturales. Serós era funcionario y había sido director de una oficina del INEM de la capital de La Plana. Su exesposa es actualmente la encargada de una conocida tienda de moda en la céntrica calle Alloza.

Según Margarita Renau, ella y su exmarido se separaron por las repetidas infidelidades que él había consumado en los últimos años. Lo descubrió un día que lo vio despedirse de una mujer, de forma poco decorosa, en plena calle. Cuchicheaban al oído, demasiado cerca, con las manos entrelazadas, entre risas y besos. A partir de entonces, Margarita espió los mensajes en el teléfono móvil, en el correo electrónico..., hasta que un día encontró en el buzón de voz una cita en el hotel Luz de Castellón con una mujer a la que ella no conocía de nada. La cita indicaba un número de habitación y una hora concreta. La voz que había dejado el mensaje era acaramelada y

desprendía una gran carga de erotismo. Margarita Renau se presentó en la puerta de la habitación del hotel media hora más tarde de la hora de la cita, y los gemidos que oyó desde la puerta hicieron evidente la peor de las sospechas. Bajó de nuevo a recepción, dijo que era la esposa de Javier Serós y pidió una copia de la llave de la habitación, argumentando que la había olvidado al salir. Subió de nuevo hasta la planta, abrió con la llave que le habían dejado y constató que los gemidos eran de su marido y de una mujer que resultó pertenecer a una casa de citas de la avenida de Valencia.

Margarita Renau obligó a su marido a que le contara a su hijo la verdad sobre la separación del matrimonio. Javier Serós no tuvo más remedio que explicar lo que en realidad se escondía tras su fachada de padre de familia. Y se instaló en el viejo piso de la calle Mealla, propiedad de sus padres. Nunca se negó a ayudar económicamente a su mujer y a su hijo, pero todos sus intentos por reconciliarse con su familia fueron completamente inútiles.



Monfort devolvió a Romerales el informe con gesto airado. Estaban en el despacho del comisario. Oía a tabaco y al sudor acumulado de todo el día.

—¿Quién ha escrito esta mierda?—preguntó Monfort en voz baja.

—El subinspector Corral—contestó Romerales visiblemente sonrojado.

—¿El compañero de la subinspectora Forcada?

—El mismo. Acaba de ser ascendido a subinspector. Lo promocionaron cuando la subinspectora Forcada fue nombrada inspectora, el mes pasado.

–Me alegro por ella.

–Yo también, es una estupenda policía.

–¿Dónde está ahora?

–En Valencia, colaborando con la Guardia Civil; tratan de detener a una banda de lituanos que traen mujeres de su país con promesas de trabajo y al llegar aquí las convierten en prostitutas. Actúan en Alicante, Valencia y también aquí, en Castellón.

–Lo de siempre –aseveró Monfort–: mentiras, hambre y miseria... Y finalmente se ven obligadas a vender su cuerpo para que unos cabrones se llenen los bolsillos a su costa.

–Eso o morir –concluyó Romerales.

–Volviendo al informe: ¿quién le ha contado toda esa basura al subinspector Corral? –preguntó Monfort volviendo a tomar en sus manos el folio impreso.

–La mujer de Javier Serós, Margarita Renau.

–Pero... si ha sido hoy mismo cuando se ha encontrado el cadáver y...

Romerales no le dejó acabar la frase y le ofreció su propia teoría:

–Corral es el que le ha dado la noticia a su ex. En la escalera, mientras esperábamos a que llegaras, todo el mundo hablaba de su mujer, de lo guapa y elegante que es..., de la tienda de moda en la que trabaja desde hace un montón de años, en la calle Alloza. Por lo visto es una señora muy popular, todo el mundo habla muy bien de ella. Los vecinos no paraban: que si Serós era un mal bicho, que si con el pedazo de mujer que tenía y él siempre por ahí de picos pardos, que si era un putero...

»¿Qué piensas, Monfort? –preguntó el comisario abriendo la ventana, aunque hiciera frío, para que entrara un poco de aire.

–Es raro que la viuda le haya contado todo eso así, sin más. Me hubiera gustado leer un informe redactado por Silvia Redó y no esta birria.

–Ya, pero Silvia debe de estar tostándose al sol en alguna playa del Caribe, junto a su *doctorsito*, bebiendo mojitos y es-

cuchando música latina. ¿Te dijo a qué lugar iban concretamente?

—Nada, jefe, ni una palabra, ni una pista siquiera. Todo un misterio. Pero tampoco les pregunté.

—Es lo que tiene el amor, al menos al principio: pasas de todo, desapareces y no dejas rastro.

—Qué romántico, Romerales.

—¡Bah! —exclamó este último poniéndose en pie—. ¿Te llevo al hotel? Son casi las cuatro de la mañana, tenemos que dormir un rato. Mañana será peor que hoy... Seguro.

A Monfort le habían reservado habitación en el céntrico hotel Mindoro, frente al teatro Principal, que tras su remodelación había vuelto a lucir el esplendor neoclásico con el que fue construido acorde con los gustos de la burguesía local. Llevó hasta allí su escaso equipaje, pero no se cambió de ropa ni tomó una ducha siquiera. Se quedó sentado junto a la ventana, fumando y bebiendo algunas de las pequeñas botellitas de licor del minibar. La agente Redó se había marchado con el doctor Jaume Ribes de vacaciones y no le había dicho adónde iba; quizá a algún lugar del Caribe, según le había comentado el comisario Romerales.

# Domingo 23 de noviembre

## (Segundo día)

### 3

Amanecía despacio. La mezcla de las dispares tonalidades que se formaban en el cielo era un espectáculo sensacional. La tenue luz se colaba por la ventana sin pedir permiso. Un fuerte viento azotaba la vieja y oscura ciudad. El hotel Crowne Plaza estaba en Royal Mile, en el corazón de la ciudad de Edimburgo. Había elegido aquel hotel porque un par de años atrás se había alojado allí y le había parecido acogedor y cómodo; además estaba situado en una zona ideal para visitar la ciudad, a dos pasos del castillo de Edimburgo.

—Si tuviera dinero me vendría a vivir aquí —dijo con voz cadenciosa saliendo del baño y ajustándose la toalla justo por encima del pecho.

—¿Y qué harías conmigo?

—Traerte aunque fuera a empujones.

Él rio de buena gana y ambos rodaron por la inmensa cama de la habitación, cayendo al instante la toalla que ella llevaba puesta.

Después de amarse con pasión entre las sábanas de algodón egipcio de la magnífica cama con dosel, él se dio una reconfortante ducha con las botellitas del gel aromático que encontró en la repisa del baño.

Ella preparó té con un hervidor eléctrico que había en la habitación y, apenas cubierto su cuerpo desnudo con una camiseta blanca, miraba a través de los grandes ventanales de la



habitación el cielo plomizo de nubes hinchidas tan habitual en Escocia. Frente a la cristalera había antiguos edificios de grises paredes y puntiagudos tejados. Envuelta en el ambiente plomizo de aquella mañana, la calle tenía un encanto especial que la hechizó. Pensaba que aquello era lo que realmente le gustaba de Edimburgo: el cielo gris, los repentinos cambios meteorológicos, la lluvia, el frío, las nubes, el viento..., creyó que aquello que le gustaba de la ciudad era lo que le disgustaba al resto de la gente. Un autobús rojo de dos pisos se detuvo frente al hotel dejando escapar un resoplido de humo negro. De él bajaron una docena de personas vestidas con trajes y corbatas los hombres y vestidos pomposos y algo pasados de moda las mujeres. Portaban maletines y sus caras reflejaban una evidente falta de sueño. Él salió de la ducha, la abrazó por detrás y le acarició la cintura. Se fundieron en un apasionado beso que duró tanto que casi tuvieron que salir corriendo para no quedarse sin el esperado, abundante y delicioso desayuno: huevos fritos, beicon, judías con tomate con un punto dulce, salchichas, champiñones, zumo de naranja y litros de café con leche y esponjosos *scones*. Los esperaba una larga jornada de compras por las estupendas tiendas de Princes Street. Ella no quería hacer nada más: comprar, comer, hacer el amor y no saber nada absolutamente de nadie más que no fueran ellos dos.

A los periódicos de Castellón no les dio tiempo a sacar en sus respectivas portadas toda la verdad de lo ocurrido en la calle Mealla. La policía y el juez encargado del levantamiento del cadáver supieron esconder a vecinos y curiosos la extrema violencia del crimen. Los periodistas publicaron confusos artículos en los que informaban de que en la céntrica calle de la capital de La Plana había aparecido un hombre asesinado en extrañas circunstancias, pero poco más.

Monfort apenas consiguió dormir unas pocas horas. Era mediodía, y en vez de bajar a desayunar pidió que le subieran un bocadillo de ternera y media botella de Marqués de Cáceres.

Veinte minutos después abrió la puerta y un joven empleado del hotel le entregó una bandeja con el generoso bocadillo y la botella de vino que el inspector palpó para confirmar que estaba en su punto justo de temperatura. Dio tres euros de propina al joven y cerró la puerta enseguida. Puso el televisor, buscó el canal autonómico de la Comunidad Valenciana y se acomodó en la butaca frente al aparato.

El bocadillo estaba delicioso, el pan crujiente, la ternera en su punto, caliente todavía. Se sirvió un vaso del vino tinto y se dispuso a dar merecida cuenta de la comida. Le gustaba comer solo; delante de la televisión, de un buen libro o con buena música; no hablar con nadie, no tener conversaciones superfluas. Sabía que con los años se había vuelto un hombre huraño y tal vez un tanto desagradable, pero le daba igual, no pensaba enmendar aquel defecto si es que acaso lo era; le iba perfecto así, no creía que debiera estar a bien con nadie más que con él mismo. Miró de reojo la botella de vino y vio que su interior había menguado considerablemente. El sabor de la ternera y del vino todavía se confundían alegres en el paladar. Bebió un largo trago y encendió un cigarrillo al que dio una placentera primera calada.

En el Canal 9 empezaba una serie simplona de amor y de celos con marcado acento sudamericano. Cambió con el mando a distancia y el siguiente canal era también de la televisión autonómica: noticias las veinticuatro horas del día. Empezaban en aquel momento. La presentadora puso cara de circunstancias en cuanto dejó de sonar la sintonía de cabecera del noticiario. «Un hombre fue encontrado muerto ayer en su piso de la céntrica calle Mealla de Castellón de la Plana. El individuo, a todas luces víctima de homicidio, se hallaba en avanzado estado de descomposición. La identidad de la víctima corresponde a un ciudadano de Castellón de la Plana, cuyo nombre se corresponde con las iniciales J. S., trabajador de la Generalitat Valenciana. El juez que se encarga del caso ha decretado el secreto de sumario hasta nueva orden. Los vecinos de la finca han contado que la víctima...»

Monfort se quedó inmóvil, con el vaso de vino en la mano a medio camino entre la mesilla y su boca, paralizado. Mientras

la presentadora decía aquello se sucedían imágenes de la calle Mealla, del comisario Romerales, de los vecinos, y hasta él mismo apareció en la pequeña pantalla hablando con un agente de policía en la puerta de la finca de la calle. Una reportera preguntaba a los vecinos detalles morbosos del suceso.

El inspector marcó el número del comisario pero comunicaba. Apuró el vino. Tres segundos después sonó su móvil.

—¿Quién cojones filmó eso? —Era Romerales quien hablaba visiblemente enojado.

—¿A mí me lo preguntas? Te recuerdo que yo llegué de Barcelona y tú me llamaste para interrumpir mis vacaciones.

—¿No viste a nadie grabando con una cámara?

—Romerales, no me jodas, hombre, no me jodas, que me voy y te dejo aquí con el muerto. —Monfort llenó de nuevo su vaso de vino y se echó un trago al coleteo.

Llamaron a la puerta de la habitación insistentemente.

—Espera un momento, que llaman a la puerta.

—¡Joder! —masculló el comisario al otro lado de la línea.

—Hola, Corral —dijo Monfort abriéndole la puerta al nuevo subinspector y volviendo enseguida frente al televisor, aunque ya habían dejado de comentar el caso.

—¿Con quién hablaba? —preguntó el subinspector Corral.

—¿No oyes los gritos? ¿A ti qué te parece? —contestó Monfort tapando con una mano el micrófono del teléfono.

—¿Quién está contigo? —preguntó gritando el comisario.

—El subinspector Corral, que acaba de llegar, y no me grites que te cuelgo y se acabó.

—¡Joder, qué poco le ha costado llegar hasta ahí! ¡Tendré que recordarle que todavía soy yo el jefe! —bramó Romerales.

Corral movía la cabeza y daba pequeños bufidos mientras abría una ventana para que se marchara el olor a comida que inundaba por completo la habitación del hotel.

—¡Tienes que encontrar al cabrón que ha filmado eso y que ha filtrado todo ese chorro de información! —volvió a gritar el comisario.

—¿Has dicho... *tienes?* —preguntó con sorna Monfort.

—Hemos conseguido que los periódicos no sacaran nada escabroso esta mañana, y ahora va y sale todo esto en televisión. Me llamará el juez, el alcalde de Castellón, el presidente de la Generalitat, el ministro del Interior...

—¿Solo te preocupa eso, eh, amigo? —Monfort guiñó un ojo a Corral.

—Me preocupa todo y estoy harto de que se escapen detalles, de que nos tomen el pelo, de que todo el mundo hable lo que le da...

Monfort cerró la tapa del teléfono y lo lanzó desde la butaca en la que se encontraba hasta el centro de la cama. El subinspector permanecía todavía en pie.

—Disculpa, siéntate, por favor. Ah, y felicidades por el ascenso.

—Gracias. —Corral tomó asiento arrugando la nariz y la frente, mirando el desorden que reinaba en la habitación—. ¿Quién cree que pudo grabar eso que ha salido por la tele?

—Un vecino —contestó Monfort levantándose para coger un vaso limpio y servirle un poco de vino al subinspector—. ¿No te has fijado en la mala calidad de las imágenes?

—Gracias, ahora no —dijo Corral rechazando el ofrecimiento—. Es verdad, no había caído, debe de ser una cámara doméstica o un teléfono móvil.

—Pues hay que caer, hombre, hay que caer. Esas cosas son las que nos llevan a otras y así sucesivamente. —Hablaba sin mirarlo, con sorna, distraído y buscando el paquete de cigarrillos.

—Dígame, Monfort, está de mala leche conmigo, ¿verdad?

El inspector encendió un cigarrillo y conteniendo el humo en sus pulmones arqueó las cejas.

—Es por el informe, ¿no? —continuó Corral—. No le gusta, ya me lo ha dicho el jefe.

—El informe es una basura, pero da igual lo que a mí me parezca, lo que no me gusta es que hayas hablado tan pronto de todo esto con la viuda.

—El comisario Romerales me encargó el caso. Me dijo que la llamara para darle la noticia —explicó Corral, y Monfort advirtió que empezaba a ponerse nervioso.

—Ya, pero solo para darle la noticia de la muerte de su exmarido, no para sacarle esa sarta de mentiras que has escrito. Y por otro lado, Romerales me llamó a mí. —Se dio un par de golpes en el pecho y la ceniza cayó al suelo.

—Pero el caso lo llevo yo.

—¡Me importa una mierda quién lleve el caso! —Cerró de un golpe la ventana que el subinspector había abierto antes y se giró bruscamente señalándolo con el dedo índice—. Recuerda esto: nunca subestimes a ninguno de los personajes que rodean la vida de una víctima de asesinato. Olvídate de si dicen que es guapa, olvídate de si está buena o no, olvídate del dinero que tiene, olvídate de su buena o mala fama. Olvídate de todo, desmenuza su cerebro, indaga en sus entrañas, mira a través de sus ojos... Pero todo sin que se dé cuenta, sin que vea que has caído embelesado por el color de sus medias o la talla de su sujetador.

—¡Hablaré con el comisario! —dijo Corral airadamente.

—Habla con quien quieras —contestó Monfort abriendo la puerta, invitándolo con un gesto de cabeza a que abandonara la habitación—. Pero si me entero de que vuelves a meter la pata, seré yo quien hable más de la cuenta.

La calle Alloza era un espacio agradable dentro del laberíntico centro de Castellón de la Plana. Las tiendas más selectas de la ciudad se sucedían unas al lado de las otras por toda la vía, y la ausencia de vehículos la hacían ideal para pasear. El suelo adoquinado y los bancos de madera dispuestos a lo largo de la calle le daban un aspecto de ciudad acogedora. Monfort se quedó mirando el escaparate de la librería Plácido Gómez y repasó de un vistazo las novedades. Unos metros más allá entró en un pequeño bar de aspecto afrancesado, como un *bistro* parisino. Pidió una cerveza. El camarero le sugirió que la de barril era muy buena. Monfort asintió con la cabeza y observó al hombre abrir el surtidor y llenar la copa con buen arte. Bebió un trago largo.

—Perdone —le dijo al camarero para llamar su atención—. ¿Esa tienda de moda de aquí al lado lleva muchos años abierta?

—Muchos —contestó el hombre—. Tantos como el bar, que ya está a punto de cumplir los treinta.

—¿Conoce usted a Margarita Renau?

—Claro, todos aquí conocemos a Margarita.

—Todos no, yo no la conozco —apostilló Monfort tratando de sacar algo más.

—Pues ya la conocerá —concluyó el camarero enarcando una ceja—. Usted es policía, se ve a la legua. Hoy es domingo y por supuesto la tienda está cerrada. Han asesinado a su marido, pero no sé para qué le digo nada si usted ya lo sabe todo; además, ayer mismo vino aquí un compañero suyo y estuvo con ella en la tienda, e incluso la invitó aquí a tomar café. Estaba destrozada. Pobre mujer, menudo varapalo.

El camarero se sirvió medio vaso de cerveza y se lo bebió de un trago, se limpió el bigote con una servilleta y enjuagó el vaso en el fregadero.

—Margarita es muy, muy..., bueno, ya la conocerá usted. —De repente pareció como si el hombre se hubiera arrepentido de lo que iba a decir—. Y ahora, si me permite, he de servir en la terraza. La crisis y la prohibición de fumar en los bares están acabando con el negocio.

—Cóbreme, por favor.

—Nada, déjelo, invito yo, de perdidos al río.

Monfort caminó por la calle Alloza hasta llegar a la confluencia con la calle Colón. Se dio cuenta de lo cerca que estaba la tienda en la que trabajaba Margarita Renau del piso de Javier Serós, en la cercana calle Mealla. De hecho, la víctima y su exesposa debían de cruzarse alguna vez yendo y viniendo al trabajo o en dirección a sus respectivos domicilios. Constató una vez más que Castellón era una ciudad muy pequeña, todo quedaba a dos pasos, la gente se conocía, y no era de extrañar que Margarita Renau fuera conocida en la ciudad. La verdad es que tanta expectación le había provocado interés por aquella mujer tan popular, pero la torpe visita del subinspector Corral había puesto a la viuda sobre aviso de cualquier cosa que quisiera ocultar. No se podía negar que en aquellos momentos ella era la única

persona que podía arrojar un poco de luz al asunto, y el supuesto policía al mando había metido la pata hasta el fondo.

Estaba muy cansado, la falta de sueño le pasaba factura. Un tremendo dolor de cabeza se había instalado para fastidiarle severamente. Marcó en su teléfono móvil el número de la agente Redó, pero lo tenía apagado o fuera de cobertura. Decidió volver al hotel y acostarse. Se sirvió un whisky y lo acompañó de dos comprimidos de paracetamol. Buenas noches, se dijo a sí mismo.